

Bautismo y Crismación

— El comienzo de una nueva vida

*Obispo Alejandro (Mileant).
Traducido por Nikolas Mitakys*

Contenido: [Introducción](#). [El sacramento del bautismo](#). [El sacramento de la crismación](#). [Notas complementarias](#).

Según la palabra del Señor Jesucristo, el nacimiento espiritual del hombre es el fundamento de la salvación: “*el que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, es carne, y lo que es nacido del Espíritu, es espíritu*” (Juan 3:5-6). Este nacimiento mediante el agua y el Espíritu se realiza en el Sacramento del Bautismo.

En el Bautismo el hombre se purifica de la iniquidad del pecado, se libera de la esclavitud de las pasiones y nace para la vida espiritual. El Bautismo tiene posee una fuerza espiritual tan grande, que se realiza **sola una vez**, aunque luego, la vida del hombre no se corresponda con la sublime vocación cristiana. Desde este punto de vista, el bautismo puede compararse con un candil espiritual que el Espíritu Santo enciende en el corazón del hombre. El fuego de este candil puede incrementarse o disminuir, pero nunca se estinguira completamente. La principal meta de nuestra vida es **avivar** este fuego bendito hasta convertirlo en una llama resplandeciente.

En el presente trabajo intentaremos descubrir el significado y la fuerza del Bautismo y su relación con el Sacramento de la Crismación con la esperanza de que un conocimiento mas profundo de estos Sacramentos servirá de estímulo para que nuestros lectores utilicen ese enorme tesoro espiritual que han recibido en el Bautismo.

El Sacramento del Bautismo

El sacramento del Bautismo es imprescindible, pues esta estrechamente vinculado con la presencia de la corrupción pecaminosa en el hombre. El individuo nace con su naturaleza deteriorada por el pecado. Con los años, el pecado como la hierba mala, crece y va fortaleciendose en el hombre esclavizandolo cada vez mas y mas. Así, la vida de cada ser humano en particular y la de la humanidad en general, resultan envenenados por el pecador. Del pecado surgen todas las desgracias: crímenes, sufrimientos, ofensas, violaciones, enfermedades, la muerte física, y principalmente, la muerte espiritual.

Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, vino al mundo para destruir el pecado y dar al hombre una vida eterna y feliz en el Reino de los Cielos. El renacimiento espiritual comienza con la fe del hombre en Jesucristo, con su deseo de liberarse de la violencia del pecado y el anhelo de vivir según la voluntad de Dios. El Señor Jesucristo comparó este renacimiento con la resurrección de los muertos, diciendo: *“La hora se acerca, y ya ha llegado en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que la oigan vivirán”* (Juan 5:25). Pero solo con la fe y los deseos no es suficiente. Es necesario la **fuerza de la Gracia**. Ella es la que llevará a cabo el nacimiento espiritual del hombre. Esta fuerza bendita penetra en la persona en el momento de su inmersión en el agua bautismal.

El Señor Jesucristo estableció el Sacramento del Bautismo después de su resurrección de entre los muertos. Apareciendo a sus apóstoles les dijo: *“Id, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, e instruyéndolas que guarden todas las cosas que os he mandad:... El que crea y se bautice, se salvara. El que no crea, se condenará”* (Mateo 28:19-20, Marcos 16:16).

Cumpliendo la orden del Salvador, los apóstoles predicaron por doquier la fe en Jesucristo bautizando a los creyentes. El primer bautismo masivo fue realizado el día del descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles. Al finalizar el sermón del apóstol Pedro los oyentes le preguntaban: *“Que debemos hacer para salvarnos?”* Y el apóstol Pedro les respondió: *“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”* (Hechos 2:37-38)

En su epístola a los Romanos, el apóstol San Pablo, explica detalladamente el significado del bautismo: *“¿Todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte Fuimos sepultados con él en la muerte, a fin de que así, como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva”* (Rom. 6:3-4). Habiendo muerto en la Cruz, el Señor y Salvador crucificó también nuestros pecados y se hizo purificador de nuestras iniquidades. En la muerte del Señor en la Cruz reside la fuerza purificadora de los pecados. Quien recibe el Bautismo, se sumerge en la muerte de Cristo y en la fuerza purificadora de sus sufrimientos en la Cruz. Esta fuerza aniquila todo pecado sin dejar ninguna huella. Ocurre algo parecido cuando se sumerge un metal precioso en una solución química que elimina la mezcla de baja calidad e inútil, dejando el oro puro.

El hombre que ha sido purificado del pecado se libera de su violencia y recibe la libertad de seguir una vida espiritual. En las Sagradas Escrituras el nacimiento espiritual se llama también *“primera resurrección”* para diferenciarla de la *“segunda”*, es decir, la resurrección física que ocurrirá antes del fin del mundo (Apoc. 20:5). El bautizado se convierte en hijo muy amado de Dios, prohijado por Él mediante la gracia de Cristo.

Esto no significa que en el bautismo la persona se libera automáticamente de todas las tentaciones y del combate espiritual. Mientras el hombre se encuentre en este mundo lleno de tentaciones, el sacrificio espiritual es ineludible. La diferencia entre el bautizado y el no bautizado es que, el último, es esclavo del pecado y no tiene fuerzas para combatirlo, mientras que el bautizado es **libre** y recibe **ayuda** para combatir las tentaciones.

San Marcos el Asceta explica así el sacramento del bautismo: *“Por medio del bautismo tu te has vestido de Jesucristo y tienes la fuerza y las armas para derrotar los pensamientos pecaminosos... El santo bautismo libera por completo de la esclavitud del pecado... Si después de haber sido bautizados nosotros caemos nuevamente en el pecado, esto no significa que el bautismo haya sido imperfecto; la razón no es otra que nuestra negligencia respecto a los mandamientos y nuestros propios deseos de permanecer en la autosatisfacción. Atarnos nuevamente a las pasio-*

nes, o mantenernos libres de ellas mediante la observación de los mandamientos depende de nuestra voluntad. Si, después del santo bautismo, teniendo la posibilidad de cumplir los mandamientos no lo hacemos, entonces, aunque no lo querramos, seremos otra vez esclavos del pecado hasta que mostremos nuestro arrepentimiento y pidamos a Dios que borre en nosotros toda impureza (Filocalia, tomo num. 1).

Es importante que el cristiano comprenda que superando las tentaciones él perfecciona su moral y crece espiritualmente. Para esto es imprescindible el esfuerzo personal. Si no existiera la lucha, no existirían los virtuosos. En esta lucha contra las tentaciones el cristiano no está solo. El recibe una gran ayuda del Espíritu Santo en el Sacramento de la Crismación que se administra después del bautismo.

El Sacramento de la Crismación

Así como la muerte y la resurrección de Cristo culminaron con el día de Pentecostés, con el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles, así el bautismo del hombre culmina con su Crismación. En el Bautismo el hombre es sepultado y resucita con Cristo; en el Sacramento de la Crismación se hace digno de la gracia del Espíritu Santo. De esta forma el milagro de Pentecostés se repite y se renueva constantemente en la Iglesia.

Las palabras fundamentales de este Sacramento — *“El sello del don del Espíritu Santo”*— indican su significado. La Crismación es : a) el acto culminante de la unión a la Iglesia. Es la confirmación o el sello de esa unión b) es manantial de las fuerzas de la gracia que son concedidos al bautizado para el fortalecimiento y el crecimiento de la vida espiritual.

San Cipriano (siglo III), escribe: “Los bautizados en la Iglesia son signados con el sello del Señor a ejemplo de lo que ocurrió en el pasado con los samaritanos que recibieron de los apóstoles Pedro y Juan el Espíritu Santo mediante la imposición de las manos y la oración... nos perfeccionamos por medio del sello del Señor” (Hechos 8:14-17). San Efrén el Sirio (siglo IV) escribe: “Con el sello del Espíritu Santo son signadas todas las entradas de tu alma, con el sello de la unción, son signados todos tus miembros.” San Cipriano atestigua que en la antigüedad cuando se hablaba sobre el nacimiento del “agua y el Espíritu,” por el “nacimiento del agua” se entendía el Bautismo, mientras que por “nacimiento del Espíritu” era entendida la crismación.

En tiempos apostólicos los dones del Espíritu Santo se otorgaban con la **imposición de manos**. Sobre esto podemos leer en el Libro de los Hechos (8:14-17 y 19:2:26). Cuando San Pablo llegó a Efeso se encontró con discípulos que solo conocían el Bautismo de Juan (el Bautista). San Pablo terminó de instruirlos y ellos fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús, y habiéndoles impuesto Pablo las manos, descendió sobre ellos el Espíritu Santo.

De que forma la bendita imposición de manos se transformó en la unción con el mirro — Es evidente que los mismos apóstoles ante la imposibilidad de visitar personalmente a tanta gente, decidieron cambiar la imposición de manos por la unción con el mirro que ellos mismos bendecían y repartían a los representantes de las Iglesias. San Pablo dice con respecto a la bendita crismación: *“Es Dios el que nos confirma a nosotros y ustedes en Cristo, y el que nos ha ungido. El también nos ha marcado con su sello y ha puesto las primicias del Espíritu en nuestros corazones”* (2 Cor. 1:21-22). Las palabras fundamentales del sacramento *“Sello del don del Espíritu Santo”* están estrechamente vinculadas a la frase expresada por el apóstol. Mas adelante el apóstol continúa escribiendo: *“No entristezcan al Espíritu Santo de Dios, con el cual están signados para el día de la redención”* (Efes. 4:30). En las Sagradas Escrituras el “día de la redención” es el

día del Bautismo ;y por la palabra “marca” del Espíritu Santo se debe entender el “sello del Espíritu Santo” que sigue inmediatamente luego del bautismo.

El mirro y no otro elemento fue elegido para el sacramento de la crismación, porque en el Antiguo Testamento el mirro se usaba para hacer descender sobre las personas dones espirituales (Exod. 28:1; 1 Reyes, 16:13; 3 Reyes 1:39). Tertuliano, escritor del siglo III escribe: “Al salir de la pila bautismal, nosotros somos ungidos con oleo bendito de acuerdo a una antigua costumbre; como usualmente eran ungidos los sacerdotes con aceite bendito que salía del cuerno.”

En la epístola del apostol Juan leemos: “*Ustedes recibieron la unción del que es Santo, y conocen todas las cosas.*” Y mas adelante agrega “*La unción que recibieron de él, permanece en ustedes, y no necesitan que nadie les enseñe. Y, ya que esa unción los instruye en todo, y ella es verdadera, y no miente, permanezcan en el como ella les ha enseñado*” (1 San Juan 2:20-27). En las palabras, citadas de San Pablo y San Juan, el término “*unción*” indica la comunicación a los fieles del don espiritual ; pero es evidente que el término “*unción*” podía usarse en sentido espiritual porque los cristianos tenían delante de sus ojos la unción material.

Los Santos Padres de la Iglesia utilizan la palabra “cristiano” en estrecha relación con la crismación “cristiano” significa “ungido”. “Habiendose ungido a Cristo” dice San Cirilo de Jerusalén, “ustedes se han hecho dignos de llamarse cristianos es decir “ungidos” y acerca de ustedes Dios dijo: “*Guardaos de no tocar a mis ungidos*” (Salm. 10:15).

Las narraciones del libro de los Hechos de los Apóstoles demuestran que ademas del descenso de los dones del Espíritu Santo, la imposición de manos o crismación luego del bautismo, era la confirmación del bautismo efectuado y la señal de la unción de los bautizados a la Iglesia; razón por la cual era realizada por los mismos apóstoles y sus sucesores, los obispos.

De esta forma si con el Bautismo el hombre nace para la vida espiritual, con la confirmación se hace partícipe de la vida bendita de la Iglesia.

Notas Complementarias

Sobre la inmersión en el agua

El bautismo debe realizarse mediante la inmersión en el agua. La misma palabra griega “*baptizo*” significa “*inmersión.*” En el libro de los Hechos leemos como el apostol Felipe bautizó al eunuco: “*Ambos descendieron al agua, Felipe y el eunuco; y Felipe lo bautizó.*” Cuando salieron del agua “*el Espíritu Santo descendió sobre el eunuco*” (Hechos 8:38). La inmersión en el agua se realiza tres veces pronunciándose las palabras “*El siervo de Dios es bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo,*” de acuerdo al mandamiento que Jesucristo nos dejó (Mat. 28:19). De la misma forma se bautizaba en la Iglesia Antigua. Así lo menciona en su epístola el apóstol Bernabe. Tertuliano, por su parte, dice directamente que “*la forma del bautismo esta prescrita.*” indicando las palabras del Salvador sobre el bautismo. También testimonia sobre la triple inmersión, señalando el instante en el que se exige del bautizado la renuncia a Satanas y a sus angeles y luego la confesión de la fe.

Del bautismo de los niños.

El bautismo de los niños expresa el deseo ferviente de los padres de que sus hijos reciban con prontitud la gracia de Cristo. Una vez recibido el bautismo, el niño crece en el ámbito de la Iglesia. Para él, la Iglesia es su casa, su propio elemento.

La costumbre de bautizar a los niños es antigua. Se remonta a los tiempos apostólicos y se basa en las palabras de Cristo: *“Dejen a los niños, y no les impidan que vengan a mi porque de ellos es el Reino de los Cielos”* (Mat. 19:1).

En las escrituras los apóstoles, frecuentemente mencionan el bautismo de familias enteras (los habitantes de Lida, la casa del guardián de la celda, la familia de Estefanas, 1 Cor. 1-16). En ninguna cita se habla de que los niños no se deben bautizar. Los Padres de la Iglesia en sus enseñanzas a los fieles, insisten en el bautismo de los niños. San Gregorio el Teólogo, dirigiéndose a las madres cristianas, dice: “Tu tienes una criatura? No dejes que el tiempo aumente el daño; Que sea iluminado desde su infancia y que desde su juventud sea consagrado al Espíritu. Tu temes al “sello” por la debilidad de tu naturaleza como una madre atemorizada y de poca fe? Pero Ana prometió a Dios que le consagraría a Samuel antes de que él naciera. Al poco tiempo Samuel nació, y ella lo dedicó y educó para el sacerdocio, sin temer a las debilidades humanas y con fe en Dios. Es imprescindible que las personas que traen a los niños para ser bautizados sean responsables de su educación en la fe y virtudes cristianas. Sobre estas enseñanzas podemos leer, por ejemplo, en “la Jerarquía de la Iglesia” de San Dionisio Areopagita, autor siempre altamente estimado por la Iglesia: “Era voluntad de nuestros Divinos instructores que los niños reciban el bautismo con la santa condición de que los padres confíen a sus hijos a educadores que sean personas fieles y que instruyan en la fe cristiana y que, después, se preocupen de los niños como guardianes y padres designados del Cielo para guiarlos a la eterna salvación. La persona que promete guiar al niño por una vida virtuosa, es la misma que el sacerdote obliga antes del bautismo a pronunciar el renunciamiento y la sagrada confesión de la fe.

El bautismo no se repite

El décimo artículo del símbolo de la Fe dice: “Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados.” Esto significa que si el bautismo es un nacimiento espiritual, y fue realizado correctamente mediante la triple inmersión en el agua en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, entonces no puede ser repetido. Por esto, cuando la Iglesia recibe en su seno a los herejes sin repetir el bautismo lo hace con el sacramento de la crismación, siempre que hayan sido bautizados como ordenan el Evangelio y la Iglesia antigua. Los fieles Ortodoxos renuevan su bautismo por medio del arrepentimiento, con la confesión y la comunión de los Santos Misterios del Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

De los Padrinos

Los padrinos son los padres espirituales del recién bautizado, sea esta adulto o niño. Son los encargados de preocuparse por el desarrollo espiritual de sus ahijados, rezar por ellos, ayudarlos con un consejo o en los hechos durante los momentos difíciles en la vida. En una palabra ser padrino no solo significa un honor, es también una responsabilidad. Durante el bautismo es suficiente tener un solo padrino aunque generalmente son dos, un padrino y una madrina. Los padrinos deben ser ortodoxos, piadosos y gente dedicada a la Iglesia para que puedan influir correcta-

mente sobre sus ahijados. Generalmente uno de los padrinos procura conseguir una Cruz que el recién bautizado llevará sobre su pecho.

El nombre del recién bautizado.

Durante el bautismo se impone a la persona un nombre en honor de algún santo de la Iglesia Ortodoxa. Este santo será el Protector Celestial del bautizado. El día en el que la Iglesia recuerda a este santo, se llama Día del Angel. La persona debe conocer la vida de su protector celestial y además, comulgar en su día del angel.

El oficio del Santo Bautismo

El sacerdote, revestido de epitraqúilío sobre la sotana, sale a la entrada de la Iglesia al encuentro del catecúmeno que ha de recibir el Sacramento de Bautismo. Sí éste es mayor de edad, se presenta revestido únicamente de una camisa larga, y está de cara al oriente, con los pies descalzos y las manos a sus lados. Pero si es niño menor de edad, se le quita toda la ropa y se lo envuelve en un pañal o toalla. El padrino lo tendrá en sus brazos de manera que su cabeza descanse sobre el brazo derecho de éste.

Oraciones para la recepción de catecúmenos

El sacerdote sopla tres veces en la cara del catecúmeno, haciendo cada vez la señal de la cruz sobre su frente y pecho, diciendo:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

A continuación, poniendo su mano derecha en la cabeza del catecúmeno, recita:

La Primera Oración

Sacerdote: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

En tu nombre, Señor Dios de Verdad, y en el de tu Hijo Unigénito y de tu Espíritu Santo, impongo mi mano sobre tu servidor(a) *N.*, que ha sido hecho(a) digno(a) de recurrir a tu santo nombre, y de refugiarse bajo la sombra de tus alas. Aleja de él (ella) su antiguo error y llénalo de fe en ti, esperanza y amor, para que sepa que eres el único Dios verdadero, con tu Hijo Uni-

génito, nuestro Señor Jesucristo, y tu Espíritu Santo. Concede que ande en todo tus mandamientos, y que guarde todo lo que te agrada, porque quien los cumple, en ellos tiene vida. Inscríbelo (la) en tu libro de la vida, agrégalo (la) al rebaño de tu herencia. Sea glorificado en él (ella) tu Santo Nombre, con el de tu Amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo y el de tu Vivificador Espíritu. Que tus ojos lo (la) miren siempre con piedad y que tus oídos escuchen la voz de su súplica. Haz que se regocije en las obras de sus manos, y en toda su generación; que te alabe, cantando, adorando y glorificando tu grande y ensalzado nombre siempre, todos los días de su vida.

Porque te alaban todas las potestades celestiales, y tuya es la gloria, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y en los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

El Primer Exorcismo

Sacerdote: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Te reprende, oh demonio, el Señor que ha venido al mundo y ha habitado entre los hombres, para destruir tu tiranía y librar al hombre — El Señor que en el Madero triunfó de las fuerzas enemigas, cuando el sol se oscureció y tembló la tierra, y se abrieron los sepulcros y se levantaron los cuerpos de los santos; Aquél que, por su muerte abolió también la muerte y aniquiló al que tenía dominio sobre la muerte, es decir, a ti, oh demonio. Te conjuro, por Dios, que reveló el Árbol de la Vida y puso querubines en filas y una espada encendida que se revolvía por todos lados para guardarlo.

¡Acata la reprensión! Te conjuro por Aquél que anduvo sobre la superficie del mar como sobre tierra firme, y reprendió al viento borrascoso de la tempestad, cuya mirada secó el abismo, cuyo mandato hizo temblar las montañas. Él mismo, ahora por nuestro intermedio, te reprende: teme y aléjate de esta criatura y no vuelvas más, ni te escondas en ella, ni vayas a su encuentro a influir en ella, sea de día o de noche, sea por la mañana o al mediodía, sino que vuelve a tu propio infierno hasta el gran día preordenado para el juicio. Teme a Dios que está sentado sobre los querubines y que mira sobre los abismos; ante quien tiemblan ángeles y arcángeles, tronos, dominios, principados, autoridades, potestades y los querubines de múltiples ojos y los serafines de seis alas; ante quien también se estremecen los Cielos y la tierra, el mar y todo lo que existe en ellos. Sal y apártate de este soldado de Cristo Dios, recién alistado y sellado. Porque te conjuro por Aquél que anda sobre las alas del viento y hace a sus ángeles espíritus y a las llamas de fuego sus ministros: Sal y apártate de esta criatura, con todos tus poderes y tus ángeles.

Porque glorificado es el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

El Segundo Exorcismo

Sacerdote: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Dios, Santo, temible y glorioso en todas sus obras y en su poder, inconcebible e inescrutable, Él mismo ha ordenado para ti, oh demonio, la recompensa del castigo eterno, y por medio de nosotros, sus servidores indignos, te ordena, a ti y a todos tus poderes aliados que te alejes de aquí, del recién sellado (de la recién sellada) en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, nuestro verdadero Dios. Por lo tanto, te conjuro, espíritu astuto, impuro, maligno, inmundo y extraño, por la autoridad de Jesucristo, que tiene toda la potestad en el cielo y en la tierra, y que dijo al demonio sordomudo: Sal del hombre y no vuelvas a entrar en él; aléjate. Reconoce la vanidad de tu poder, que no tiene dominio ni siquiera sobre los cerdos. Teme a Dios por cuyo decreto la tierra es establecida sobre las aguas, que ha hecho los cielos y ha dispuesto las montañas con un cordel, y los valles por medida; y ha puesto limites a las arenas del mar y una senda firme en las aguas impetuosas; el que toca los montes y humean, que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina, que establece sus aposentos entre las aguas, que afirmó la tierra sobre sus bases, la cual no será movida, que junta las aguas del mar y las derrama sobre la faz de la tierra: Sal y apártate del que (de la que) ahora se prepara para la santa Iluminación. Te conjuro por la Pasión redentora de nuestro Señor Jesucristo, y por su precioso Cuerpo y Sangre, y por su temible segundo advenimiento; porque vendrá y no tardará a juzgar toda la tierra, y te castigará a ti y a todas tus huestes con el fuego del infierno, echándote a las tinieblas de afuera, donde el gusano carcome sin cesar.

Porque de Cristo Dios nuestro es el dominio, con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

El Tercer Exorcismo

Sacerdote: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Señor Sabaoth, Dios de Israel, que curas toda enfermedad y todo dolor, mira a tu servidor(a) y pruébalo(la) y examínalo(la) y arranca de él (ella) toda operación del diablo. Reprende a los espíritus inmundos y expúlsalos, y purifica las obras de tus manos, y ejerciendo tu viva fuerza, aplasta con rapidez a Satanás bajo sus pies, y concédele la victoria sobre el mismo, y sobre sus espíritus impuros, para que, habiendo obtenido misericordia de ti, sea hecho(a) digno(a) de participar de tus celestiales misterios, y te rinda gloria, a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

La Cuarta Oración

Sacerdote: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Tú que eres Señor y Maestro, que has creado al hombre a tu imagen y le has dado el poder de llegar a la vida eterna y que no desprecias a los que han caído en el pecado, sino que has dispuesto la salvación del mundo por la encarnación de tu Cristo, Tú mismo, Señor, librando también a esta criatura tuya de la esclavitud del enemigo recíbela en tu reino celestial. Abre los ojos de su entendimiento de modo que la Luz de tu Evangelio brille en él (ella). Une a su vida un ángel de luz, que lo (la) libre de todo engaño del adversario, del encuentro con el mal, del demonio del mediodía y de ilusiones perversas.

El sacerdote sopla en forma de cruz en la frente y el pecho del catecúmeno, diciendo:

Arroja de él (ella) todo espíritu malo e impuro, escondido y anidado en su corazón. *(Tres veces)*

El espíritu de error, el espíritu de maldad, el espíritu de idolatría, y de toda concupiscencia, el espíritu de mentira y de toda impureza inspirada por la acción del diablo. Y haz de él (ella) una oveja racional del santo rebaño de tu Cristo, miembro honorable de tu Iglesia, vaso consagrado, hijo(a) de la luz, heredero(a) de tu Reino, a fin de que, habiendo vivido según tus mandamientos y habiendo conservado intacto el sello y su vestidura sin mancha, reciba la bienaventuranza de los santos en tu Reino.

Por la gracia, compasiones y amor al hombre de tu Hijo Unigénito, con quien eres bendito, juntamente con tu Santo Espíritu Bueno y Vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén

El catecúmeno se vuelve hacia el occidente, y el sacerdote le hace la siguiente pregunta tres veces:

¿Renuncias a Satanás, a todas sus obras, a todos sus ángeles, a todo su culto y a todo su orgullo?

El padrino o el catecúmeno mismo (si es adulto) contesta: Sí, renuncio.

Otra vez: ¿Renuncias a Satanás, a todas sus obras, a todos sus ángeles, a todo su culto, a todo su orgullo?

Y contesta: Sí, renuncio.

Y por tercera vez: ¿Renuncias a Satanás, a todas sus obras, a todos sus ángeles, a todo su culto y a todo su orgullo?

Y contesta: Sí, renuncio.

El sacerdote le hace la segunda pregunta, tres veces: ¿Has renunciado a Satanás?

Y contesta: Sí, he renunciado.

Otra vez: ¿Has renunciado a Satanás?

Y contesta: Sí, he renunciado.

Y por tercera vez: ¿Has renunciado a Satanás?

Y contesta: Sí, he renunciado.

El sacerdote le dice: Sopla y escupe en él.

Y lo vuelven hacia oriente, y el sacerdote le pregunta: ¿Te unes a Cristo?

Y contesta: Sí, me uno.

Otra vez: ¿Te unes a Cristo?

Y contesta: Sí, me uno.

Y por tercera vez: ¿Te unes a Cristo?

Y contesta: Sí, me uno.

Y el sacerdote le hace esta pregunta una vez: ¿Te has unido a Cristo?

Y contesta: Sí, me he unido.

El sacerdote le pregunta: ¿Crees en Él ?

El catecúmeno o el padrino contesta: Creo en Él como Rey y Dios.

Y el catecúmeno o el padrino recita el Credo:

Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles e invisibles.

Y en un Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Luz de Luz, Verdadero Dios de Dios Verdadero, engendrado, no creado, consubstancial con el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas. Quien por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los cielos, y se encarnó del Espíritu Santo y de María la Virgen, y se hizo hombre. Y fue crucificado también por nosotros bajo Poncio Pilatos, y padeció y fue sepultado. Y al tercer día resucitó, según las Escrituras. Y subió a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre; y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos. Y su reino no tendrá fin.

Y en el Espíritu Santo, Señor, Dador de vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado, que habló por los profetas. Y en la Iglesia, Una, Santa, Católica apostólica. Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados. Espero la resurrección de los muertos, y la vida del siglo venidero. Amén.

Después que el catecumeno acaba de recitar el Credo, el sacerdote vuelve a preguntarle:
¿Te has unido a Cristo?

Y contesta: Sí, me he unido.

El sacerdote le pregunta: ¿Crees en Él?

Catecúmeno: Creo en Él como Rey y Dios.

Y recita el Credo por segunda vez: Creo en un solo Dios ...

Al acabar la segunda recitación del Credo, el sacerdote le pregunta por tercera vez:
¿Te has unido a Cristo?

Y contesta: Sí, me he unido.

El sacerdote le pregunta: ¿Crees en Él ?

Catecúmeno: Creo en Él como Rey y Dios.

Y el sacerdote le dice: Inclínate en adoración ante Él.

Y el catecúmeno:- Adoro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consubstancial e indivisa.

El sacerdote exclama:

Bendito sea Dios que quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén

Luego el sacerdote recita esta oración: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Maestro, Señor Dios nuestro, llama a tu servidor(a), *N.*, a tu santa Iluminación y hazlo digno (a) de la magna gracia de tu santo Bautismo. Quitale de él (ella) la humanidad vieja y renuévalo (la) para la vida eterna. Llénalo del poder de tu Espíritu Santo, en la unidad de tu Cristo, a fin de que no sea más hijo(a) de la carne, sino hijo (a) de tu Reino.

Por la benevolencia y la gracia de tu Hijo Unigénito, con quien eres bendito, juntamente con tu Santo Espíritu Bueno y Vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

Oficio del Santo Bautismo

Al terminar el Oficio de la Recepción del Catecúmeno, el sacerdote entra en el santuario y revisa un felonio blanco encima del epitraquílio y se pone las epímánicas.

Habiendo encendido todas las velas, toma el incensario y, saliendo, se acerca a la pila bautismal. Inciensa alrededor de la pila y luego entrega el incensario a un acólito y hace una reverencia.

Diácono: Bendice, Señor.

Sacerdote: Bendito el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

Letanía de paz

Diácono: En paz roguemos al Señor. □

Coro: Señor, ten piedad.

Por la paz que de lo alto viene, por la salvación de nuestras almas, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Por la paz del mundo entero, por el bienestar de las santas Iglesias de Dios y por la unión de todos, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Por esta santa casa y por todos los que en ella entran con fe, devoción y temor de Dios, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Por nuestro señor, su Beatitud, el Metropolitano N., por nuestro señor, el Reverendísimo obispo N., el honorable presbiterado, el diaconado en Cristo, por todo el clero y todo el pueblo, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Por el Presidente de la República, por toda autoridad civil y por las fuerzas armadas, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que estas aguas sean santificadas por la fuerza, la operación y el descenso del Espíritu Santo, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que sean enviadas sobre ellas la gracia de la Redención y la bendición del Jordán, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que sobre estas aguas descienda la operación purificadora de la supersubstancial Trinidad, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que seamos iluminados por la luz de la sabiduría y de la piedad por el descenso del Espíritu Santo, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que estas aguas sean eficaces para que no caigamos en los lazos de enemigos visibles e invisibles, roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que él que (la que) es bautizado(a) en ellas sea digno(a) del Reino imperecedero, Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Por el que (la que) viene ahora al santo bautismo y por su salvación, Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que sea hijo (hija) de la luz y heredero(a) de los bienes eternos, Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que sea miembro y participe de la muerte y de la resurrección de Cristo Dios nuestro, Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que conserve puras e inmaculadas sus vestiduras bautismales y las arras del Espíritu hasta el temible día de Cristo nuestro Dios, Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que le sean estas aguas baño de regeneración para remisión de pecados y vestidura de incorrupción, Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que el Señor Dios escuche la voz de nuestras súplicas, Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Para que él (ella) y nosotros seamos libres de toda tribulación, ira, peligro y necesidad, al Señor roguemos

Coro: Señor, ten piedad.

Socórrenos, sálvanos, ten piedad de nosotros Dios y por tu gracia, guardados.

Coro: Señor, ten piedad.

Conmemorando a la Santísima, Inmaculada, Bendita, gloriosa Señora nuestra, Theotokos y siempre Virgen María, con todos los santos, encomendémonos nosotros mismos, unos a otros y toda nuestra vida a Cristo Dios.

Coro: A ti, Señor.

Mientras el diácono pronuncia las peticiones anteriores, el sacerdote reza en voz baja la siguiente oración:

Dios compasivo y misericordioso, que pruebas la mente y el corazón, solo Tú conoces los pensamientos secretos del hombre, porque ningún hecho es oculto ante ti, sino que todo es descubierto y manifiesto ante tus ojos; Tú conoces todas las cosas respecto de mí. No me mires con desprecio, ni apartes de mí tu rostro. No consideres mis iniquidades en esta hora, Tú que no guardas memoria de los pecados de los hombres si se arrepienten de ellos; lava la impureza de mi cuerpo y las manchas de mi alma. Santifícame por completo por tu potestad toda perfecta e invisible (y) con tu diestra espiritual, no sea que al proclamar a otros la libertad y al administrar este rito con fe perfecta en tu inefable amor a los hombres yo me haga vil esclavo del pecado. Sí, Señor, único buen amante de los hombres, no sea yo, tu humilde servidor, seducido sino que envía

sobre mí tu poder de lo alto y fortaléceme para que administre este misterio grande y celestial. Crea la imagen de tu Cristo en él (la) que desea nacer de nuevo por mi indigno ministerio. Edificalo (la) sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas a fin de que no sea jamás vencido(a), sino que plántalo (la) con firmeza cual planta de verdad en tu Iglesia Santa, Católica y apostólica para que no sea desarraigado (a) de ella, y, creciendo en piedad, sea glorificado por él (ella)tu santísimo Nombre, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Y sigue el sacerdote en voz alta:

Grande eres, Señor, y maravillosas tus obras, y ninguna palabra es suficiente para cantar tus maravillas. (*Tres veces*).

Porque Tú, por tu propia voluntad, de la nada has traído todas las cosas a la existencia y por tu potestad mantienes toda la creación y por tu providencia ordenas el mundo. Constituiste con los cuatro elementos la creación; coronaste el ciclo del año con cuatro estaciones. Ante ti tiemblan todas las potestades razonables. El sol canta tus alabanzas, y la luna te glorifica; las estrellas interceden contigo. Te obedece la luz. Ante ti se estremecen los abismos; los manantiales te sirven. Extendiste los cielos como una cortina. Estableciste la tierra sobre las aguas. Rodeaste los mares de arena. Derramaste el aire para el aliento. Las potestades angelicales te sirven. Los coros de arcángeles te adoran. Los querubines de múltiples ojos y los serafines de seis alas, estando en derredor y volando, se cubren de temor ante tu inaccesible gloria. Porque Tú, el Dios incircuncrito, sin comienzo e inefable, descendiste a la tierra, tomando la forma de un servidor y haciéndote a semejanza del hombre. Pues no toleraba tu entrañable misericordia, Dueño, ver a la raza del hombre bajo la tiranía del diablo, porque viniste a salvarnos. Confesamos tu gracia; proclamamos tu misericordia; no escondemos tu beneficencia. Libertaste a los hijos de nuestra naturaleza; por tu nacimiento santificaste el seno de la Virgen. Toda la creación canta tus alabanzas, Tú que te manifestaste. Porque Tú, Dios nuestro, apareciste en la tierra y habitaste entre los hombres. Santificaste las corrientes del Jordán, enviando desde el cielo a tu Santísimo Espíritu, y aplastaste la cabeza de los dragones que allí habitaban.

Por tanto, Rey que amas al hombre, hazte presente ahora, por el descenso de tu Espíritu Santo, y santifica estas aguas. (*Tres veces*)

Y concédeles la gracia de la redención, la bendición del Jordán. Haz de ellas una fuente de incorrupción, un don de santificación, una remisión de pecados, un remedio de enfermedades, una destrucción de demonios, inaccesible a las potestades hostiles, llena de poder angelical, a fin de que sean ahuyentados de ellas todos los que desean asechar a tu criatura, porque hemos invocado, Señor, tu maravilloso nombre que es glorioso y temible a tus adversarios.

Y sumergiendo los dedos de su mano derecha en el agua, traza la señal de la cruz y sopla tres veces, diciendo: Sean aplastadas todas las potestades enemigas por la señal de la imagen de tu Cruz.

Te rogamos, oh Dios, que sean retirados de nosotros todo fantasma etéreo y oscuro, que ningún demonio tenebroso se esconda en estas aguas, y que ningún espíritu maligno de los que oscurecen la razón y provocan a rebelión descienda en ellas con él (la) que será bautizado(a).

Mas Tú, Señor de todo, manifiesta estas aguas como aguas de redención, de santificación del alma, de baño de regeneración, de renovación del Espíritu, de don de filiación, de vestidura de incorrupción y fuente de vida. Porque Tú has dicho, oh Señor, “Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras almas.” Nos has otorgado desde lo alto el renacimiento por el agua y el Espíritu. Por tanto, Señor, manifiéstate en estas aguas y concede que sea transformado(a) él que (la que) será bautizado (a) en ellas, de modo que se despoje de la antigua humanidad, que está viciada conforme a los deseos engañosos, y que se revista de la nueva y se renueve conforme a la imagen del que le (la) creó, que siendo sepultado de acuerdo con el modelo de tu muerte, pueda, de la misma manera, ser partícipe de tu resurrección: y guardando el don de tu Espíritu Santo, aumentando la medida de la gracia dada a él (ella), obtenga el premio del supremo llamamiento y sea contado(a) con los primogénitos inscriptos en los cielos, en ti, Jesucristo Dios y Señor nuestro. Porque a ti pertenecen la gloria, el dominio, el honor y la adoración, con tu Padre que es sin origen y con tu Santísimo Espíritu Bueno y Vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Sacerdote: Paz a todos.

Coro: Y a tu espíritu.

Diácono: Inclínad vuestras cabezas ante el Señor.

Coro: A ti, Señor.

El sacerdote sopla tres veces en el vaso de óleo que le presenta el diácono, y lo bendice, haciendo tres veces la señal de la cruz y recitando la siguiente oración:

Diácono: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Señor y Maestro, Dios de nuestros padres, que enviaste a los que estaban en el arca de Noé una paloma llevando en el pico un ramo de olivo, como señal de reconciliación y salvación del diluvio, prefigurando así el misterio de la gracia. Suministras el fruto del olivo para el cumplimiento de tus santos misterios, y por él llenaste del Espíritu Santo a los que estaban bajo la ley y perfeccionas a los que están bajo la gracia. Bendice este Santo Óleo con el poder, la operación y el descenso del Espíritu Santo, a fin de que sea unción de incorrupción, armadura de justicia, renovación del alma y del cuerpo, defensa contra toda asechanza del diablo, liberación de todo mal para los que serán ungidos de él o que lo recibirán para tu gloria y la de tu Hijo Unigénito y de tu Santísimo Espíritu Bueno y Vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

Diácono: Atendamos.

Y el sacerdote, cantando Aleluya, con los presentes, hace la señal de la cruz tres veces con un poco del óleo en el agua. Luego dice: Bendito sea Dios que ilumina y santifica a todo hombre que viene al mundo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

La persona que ha de ser bautizada se presenta y el sacerdote toma con sus dedos un poco del óleo y hace la señal de la cruz en su frente, diciendo:

El servidor (la sierva) de Dios, N., es ungido(a) con el óleo de la alegría en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

En el pecho y la espalda, diciendo:

Para curación del alma y del cuerpo.

En las orejas:

Para que oiga la predicación de la fe.

En las manos:

Tus manos me hicieron y me formaron.

En los pies:

Para que ande por la senda de tus mandamientos.

Habiéndole ungido todo el cuerpo, el sacerdote procede a bautizarle, teniéndolo a fin de que mire a oriente y sumergiéndole tres veces diciendo:

El servidor (la sierva) de Dios, N., es bautizado(a) en el nombre

del Padre.

Pueblo: Amén.

del Hijo.

Pueblo: Amén

Y del Espíritu Santo.

Pueblo: Amén.

A cada invocación le sumerge y le vuelve a levantar. Después del bautismo, el sacerdote se lava las manos y canta con los presentes el Salmo 31(32):

Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño, mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano. Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor; y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado; ciertamente en la inundación de muchas aguas no llegarán éstas a él. Tú eres mi refugio; me guardarás de la angustia; con cánticos de liberación me rodearás. Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos. No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno, porque si no, no se acercan a ti. Muchos dolores habrá para el impío; mas al que espera en el Señor, le rodea la misericordia. Alegraos en el Señor, y gozaos justos, y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón.

A continuación, el sacerdote reviste al bautizado una camisa blanca, diciendo:

El servidor (la sierva) de Dios, N., es revestido(a) con la vestidura de justicia, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Y se canta el siguiente tropario en el tono 8: Concédeme la vestidura de luz, Tú que te cubres de luz como de vestidura, Cristo Dios nuestro, grande en misericordia.

Oficio de la Santa Crismación

Después de haberle revestido, el sacerdote recita la siguiente oración de la Santa Crismación:

Bendito eres, Señor Dios todopoderoso. Fuente de todo bien, Sol de justicia, que hiciste resplandecer sobre los que estaban en las tinieblas la luz de la salvación con la manifestación de tu Hijo Unigénito y nuestro Dios, que nos diste, aunque indignos, bendita purificación en el agua santa y divina santificación en la Crismación vivificante, que también ahora te dignaste regenerar a este tu servidor (esta tu sierva) que ha recibido iluminación por el agua y el Espíritu y le concedes remisión de sus pecados voluntarios e involuntarios. Tú mismo, Señor, compasivo Rey de reyes, concédele también el sello del don de tu Santo Espíritu todopoderoso y adorado, y participación del santo Cuerpo y de la preciosa Sangre de tu Cristo, consérvale en tu santidad, afirmale en la Fe Ortodoxa, líbrale del maligno y de todas sus asechanzas. Conserva su alma en pureza y rectitud, por tu temor salvador, para que te agrade en todo hecho y palabra, y que sea hijo y heredero de tu Reino celestial.

Porque Tú eres nuestro Dios, Dios de misericordia y salvación, y te glorificamos, a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

El sacerdote unge al bautizado con el Santo Crisma en forma de cruz, en la frente, los ojos, las narices, los labios, las orejas, el pecho, las manos y los pies, diciendo cada vez:

El sello del don del Espíritu Santo. Amén.

El sacerdote, acompañando de los padrinos con el bautizado, da tres vueltas alrededor de la pila. Todos cantan: Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.

Aleluya. *(Tres veces)*

Diácono: Attendamos.

Sacerdote: Paz a todos.

Lector: Y a tu espíritu.

Diácono: Sabiduría.

Lector: *Proquimeno en el tono tercero:* El Señor es mi luz y mi salvación, ¿de quién temeré?

Verso: El Señor es la fortaleza de mi vida, ¿de quién he de atemorizarme?

Diácono: Sabiduría

Lector: Lectura de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Romanos.

Diácono: Attendamos.

De la Epístola a los Romanos, Selección 91 (6:3-11).

Hermanos: Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte. Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. ¡Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de Él. Porque en cuanto murió, el pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Sacerdote: Paz a ti.

Lector: Y a tu espíritu.

Diácono: Sabiduría. Atendamos.

Lector: Aleluya. *Y todos cantan Aleluya, tres veces.*

Diácono: Sabiduría. Estemos de pie. Escuchemos el Santo Evangelio.

Sacerdote: Paz a todos.

Coro: Y a tu espíritu.

Sacerdote: Lectura del Santo Evangelio según Mateo.

Coro: Gloria a ti, Señor, gloria a ti.

Diácono: Atendamos.

El sacerdote lee la selección 116 (Mateo 28:16- 20)

En aquellos días, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando le vieron, lo adoraron; pero algunos dudaban. Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en los Cielos y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén

Coro: Gloria a ti, Señor, gloria a ti.

Luego la letanía siguiente, si se difiere la ablución y la tonsura hasta el octavo día del bautismo y crismación; si éstas han de seguir inmediatamente, esta letanía se recita después de la tonsura.

Ten piedad de nosotros, Dios, según tu gran piedad, te suplicamos que nos escuches y tengas piedad.

Coro: Señor, ten piedad. *(Tres veces)*

De nuevo suplicamos por nuestro señor, su Beatitud, el Metropolitano, N., por nuestro señor, el reverendísimo obispo, N., y por todos nuestros hermanos en Cristo.

Coro: Señor, ten piedad. *(Tres veces)*

De nuevo suplicamos por piedad, vida, paz, salud, salvación y perdón de los pecados del servidor de Dios, N., el padrino.

Coro: Señor, ten piedad. *(Tres veces)*

De nuevo suplicamos por el servidor (la sierva) de Dios, N., recién bautizado(a) e iluminado(a), para que Dios lo (la) conserve en la fe de la confesión pura, en toda piedad y en el cumplimiento de los mandamientos de Cristo durante todos los días de su vida.

Coro: Señor, ten piedad. *(Tres veces)*

Porque eres Dios misericordioso y que amas a los hombres y te rendimos gloria a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

Sacerdote: Gloria a ti, Cristo Dios, Esperanza nuestra, gloria a ti.

Coro: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. Señor, ten piedad. *(Tres veces)*

Y el sacerdote bendice y da la despedida.

Diácono: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Y el sacerdote recita esta oración:

Tú que, por el santo bautismo, has concedido a éste tu servidor (ésta tu sierva) el perdón de los pecados y que le has otorgado la vida de regeneración, Tú mismo, señor y Maestro, compláctete hacer que la Luz de tu Rostro brille siempre en su corazón. Mantén el escudo de su fe inexpugnable para el enemigo. Conserva pura e inmaculada la vestidura de incorrupción de la cual se ha revestido, guardando en él (ella) el sello del Espíritu intacto por tu gracia, y apiadándote de él (ella) y de nosotros, por la multitud de tus misericordias.

Porque bendito y glorificado es tu honorabilísimo y magnífico nombre, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

La Segunda Oración

Diácono: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Sacerdote: Maestro, Señor Dios nuestro, que por la pila bautismal confieres la iluminación celestial a los bautizados, y has regenerado a tu servidor (a) recién bautizado (a) por el agua y el Espíritu y le has concedido el perdón de sus pecados voluntarios e, involuntarios, impón sobre él(ella) tu poderosa mano, guárdalo (la) por el poder de tu bondad, mantén inviolables sus arras y haz que sea digno(a) de la vida eterna y de tu agrado. Porque eres nuestra santificación y te rendimos gloria, a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

Sacerdote: Paz a todos.

Coro: Y a tu espíritu.

Diácono: Inclinad vuestras cabezas ante el Señor.

Coro: A ti, Señor.

Sacerdote: El (la) que se ha revestido de Ti, Cristo Dios nuestro, con nosotros inclina la cabeza ante ti. Consérvalo (la) siempre a fin de que sea soldado invencible en todo ataque de los que lo (la) asechan a él (ella) y a nosotros, y haz que seamos todos victoriosos hasta el fin, por tu indestructible corona.

Porque tuyos son el apiadarte de nosotros el salvarnos, y te rendimos gloria, a ti, juntamente con tu Padre que es sin origen, y tu Santo Espíritu Bueno y Vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

El sacerdote quita el cinturón o la faja del niño y reuniendo sus extremos, los empapa con agua pura y asperje al niño, diciendo: Estás justificado(a), estás iluminado(a), estás santificado(a), Estás lavado(a), en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por el Espíritu de nuestro Dios.

Y tomando una esponja nueva, le lava el rostro, la cabeza, el pecho y el resto del cuerpo, diciendo:

Estás bautizado(a), estás iluminado(a), estás ungido(a) con el santo Crisma, estás santificado(a), estás lavado(a) en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Diácono: Roguemos al Señor.

Coro: Señor, ten piedad.

Sacerdote: Maestro, Señor Dios nuestro, que has honrado al hombre con tu propia imagen, le has formado de un alma racional y un cuerpo hermoso (pues el cuerpo sirve al alma racional); has colocado la cabeza en la cima del cuerpo y has dispuesto en ella la mayor parte de los sentidos, los cuales, sin embargo, no se obstruyen unos a otros. Has cubierto la cabeza de cabellos a fin de que no la perjudiquen los cambios de clima, y has unido y concertado todos sus miembros de modo que con todos el hombre pueda darte gracias a ti, gran Artífice. Tú, el mismo Maestro, por tu instrumento escogido, Pablo el Apóstol, nos has dado mandamiento de que hagamos todo para tu gloria. Bendice ahora a tu servidor(a), N., que ha venido a ofrecerte como primicias el cabello cortado de su cabeza; bendice también a su padrino, y concede que todos se ejerciten en tu ley y que hagan lo que es agradable delante de ti.

Porque eres Dios misericordioso que amas a los hombres, y te rendimos gloria a ti Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén

Sacerdote: Paz a todos.

Coro: a tu espíritu.

Diácono: Inclínad vuestras cabezas ante el Señor.

Coro: A ti, Señor.

Sacerdote: Señor Dios nuestro, que por el cumplimiento de la pila bautismal, santificas por tu bondad a los que creen en ti: Bendice a este(a) niño(a) aquí presente, que tu bendición descienda sobre su cabeza. Como bendijiste al Rey David por la mano del Profeta Samuel, bendice también la cabeza de tu servidor(a) por mí mano pecadora, visitándolo(la) con tu Espíritu Santo, a fin de que, creciendo en estatura y alcanzando alta vejez, te rinda gloria y vea el bien de Jerusalén todos los días de su vida.

Porque te pertenecen toda gloria, honor y adoración, a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Coro: Amén.

Tomando las tijeras, el sacerdote hace una tonsura en forma de cruz en la cabellera del niño, diciendo: Es tonsurado(a) el servidor(la sierva) de Dios, N., en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Coro: Amén

Sacerdote: Gloria a ti, Cristo Dios, Esperanza nuestra, gloria a ti.

Coro: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. Señor, ten piedad. *(Tres veces)*

Y el sacerdote bendice y da la despedida.

[Go to the top](#)

Missionary Leaflet # S23
Copyright © 2000 and Published by
Holy Protection Russian Orthodox Church
2049 Argyle Ave. Los Angeles, California 90068
Editor: Bishop Alexander (Mileant)

(bautismo.doc, 08-12-2000)

Edited by	Date
M. Schurov	08-09-2000
M. Fedorovich	08-09-2000